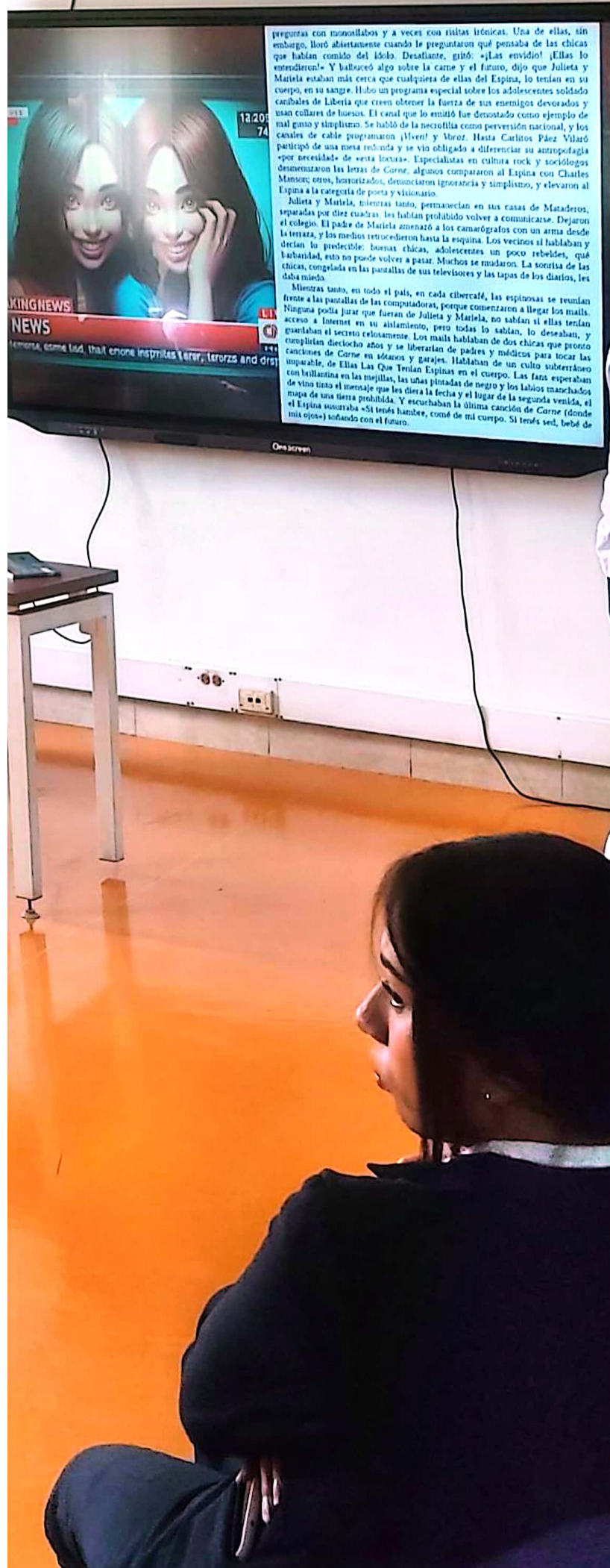






preguntas con monofilabios y a veces con rutilas trónicas. Una de ellas, sin embargo, lloró abietamente cuando le preguntaron qué pensaba de las chicas que habían comido del ídolo. Desafiante, gritó: «¡Las envidio! ¡Ellas lo entendieron!» Y balbuceó algo sobre la carne y el furo, dijo que Julieta y Mariela estaban más cerca que cualquiera de ellas del Espina, lo tenían en su cuerpo, en su sangre. Hubo un programa especial sobre los adolescentes soldados canibales de Liberia que creen obtener la fuerza de sus enemigos devorados y usan collares de huesos. El canal que lo emitió fue denostado como ejemplo de mal gusto y simplismo. Se habló de la necrofília como pervisión nacional, y los canales de cable programaron ¡Viven! y ¡Morir. Hasta Carlos Pérez Vilaró participó de una mesa redonda y se vio obligado a diferenciar su antropología «por necesidad» de «esta locura». Especialistas en cultura rock y sociólogos denominaron las letras de Corne, algunos compararon al Espina con Charles Manson; otros, honrados, denunciaron ignorancia y simplismo, y elevaron al Espina a la categoría de poeta y visionario.

Julieta y Mariela, mientras tanto, permanecían en sus casas de Mataderos, separadas por diez cuadras: les habían prohibido volver a comunicarse. Dejaron el colegio. El padre de Mariela amenazó a los camarógrafos con un arma desde la terraza, y los medios retrocedieron hasta la esquina. Los vecinos si hablaban y decían lo predecible: bonitas chicas, adolescentes un poco rebeldes, qué barbaridad, esto no puede volver a pasar. Muchos se mudaron. La tormenta de las chicas, congelada en las pantallas de sus televisores y las tapas de los diarios, les daba miedo.

Mientras tanto, en todo el país, en cada cibercafé, las espionosas se reunían frente a las pantallas de las computadoras, porque comenzaron a llegar los mails. Ninguna podía jurar que fueran de Julieta y Mariela, no sabían si ellas tenían acceso a Internet en su aislamiento, pero todas lo sabían, lo deseaban, y guardaban el secreto celosamente. Los mails hablaban de dos chicas que pronto cumplirían dieciocho años y se liberarían de padres y médicos para tocar las canciones de Corne en átomos y garajes. Hablaban de un culto subterráneo con brillantez en las mejillas, las uñas pintadas de negro y los labios manchados de vino tinto el mensaje que les diera la fecha y el lugar de la segunda venida, el mapa de una tierra prohibida. Y escuchaban la última canción de Corne (donde el Espina susurraba «Si tenés hambre, comé de mi cuerpo. Si tenés sed, bebé de mis ojos») soñando con el futuro.



















































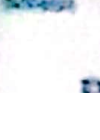












Centro Nacional de Hotelería,  
Turismo y Alimentos  
Bogotá, Colombia

# Comunidad **SENA**

¡La biblioteca del Centro Nacional de  
Hotelería, Turismo y Alimentos te invita  
a llevar libros a casa!

*Solicítalos en nuestro  
módulo de circulación  
y préstamo*



Para más información:



Centro Nacional de Hotelería,  
Turismo y Alimentos  
Programa Nacional de Cultura

# Comunidad **SENA**

¡La biblioteca del Centro Nacional de  
Hotelería, Turismo y Alimentos te invita  
a llevar libros a casa!

*Solicítalos en nuestro  
módulo de circulación  
y préstamo*







